

PINTORES ESPAÑOLES

IMELDO CORRAL

Por las ventanas de nuestra inquietud se nos entra el paisaje... Y sentimos vibrar en nuestra corteza, la emoción de aquel verso:

*"algo que es tierra
en nuestra carne, sufre
la humedad del jardín."*

Y hemos pensado mal del arquero Rubén, que salpicaba el espacio lírico, con flechas de envidia hacia las piedras y los árboles...

*"Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
Y más la piedra dura, porque ésa ya no siente."*

Estas piedras y estos árboles de Imeldo Corral, viendo desfilar nuestra grotesca envoltura, tal vez piensen:

*"Dichoso el hombre que deshace en gritos, su dolor
[y su risa]"...*

El árbol, la piedra, casi siempre, lloran silenciosamente. A lo sumo, un resbalar de sol sobre el lomo endurecido, o un suspirar cansado brota de las bocas verdes de las hojas...

Ni aún en los días de tormenta, los árboles chillan: apenas saben cantar dulcemente, acompañando con sus voces de primera comunión, al organista Maese Viento...

Imeldo Corral va limpiando cada día más el cristal de su arte. Y ya es un cristal sólido, que no teme a los fantásticos honderos de la crítica.



"Firmeza y luz, como el cristal de roca", que diría la sonrisa buena y gordiflona del hermano Acosta, recordando al revolucionario de "Lascas".

Nazariantz^o nos ofrece esta sortija, para que podamos engarzar más fácilmente en ella, nuestro pensamiento sobre Imeldo:

*"Avida fué su vida en los caminos...
Loco de estrellas y de azul."*

Y frente a sus roquedos, nos hemos acordado de Pascoaes:

*"Hay roquedos que son estatuas misteriosas,
los vemos, allá lejos, en sierras arenosas...
Los hay que por la tarde, dan sombra que es terna;
los hay que por la luna se ponen a rezar."*

La obra de este artista se enciende en una plegaria musical. En muchas de sus telas hay vibración: en esa lágrima pensativa del pino roto; en esa falda ampulosa del jugoso castaño...; en esa tarde, que como la de Herrera y Reissig, ya empieza a vestir sus tocas de vinda...

Vibración, en las torres del mar; vibración en la piel gris de las rocas y en las naves de plata de las nubes...

Y hemos diluido toda nuestra sombra, en ese campo que salmodia una fragante sinfonía de lentejuelas cálidas...

JULIO J. CASAL.